

"sudamericano" particularmente en Europa. En Estados Unidos —quizás si en homenaje a la brevedad— se usa "latino" con un dejo de desdén y un tanto de ignorancia, porque nuestra América y sus habitantes no guardan vinculación alguna con la Roma de la Antigüedad clásica. Por último, como respuesta al ambiguo "americanismo", al hipócrita "interamericanismo" y al "panamericanismo" de ingrata memoria, está el "latinoamericanismo". Con este "ismo" se alude a la teoría y la práctica integradora, es decir, el "nacionalismo continental", según la feliz expresión de Joaquín Edwards Bello.

Se incluye en América Latina a las colonias extranjeras que existen en el Istmo, en el Caribe y en el Atlántico Sur. Otros estiman latinoamericanos irredentos a la progenie de aquellos mexicanos que quedaron entrampados dentro de Estados Unidos en los territorios amputados a México y también a la población portorriqueña que habita en los suburbios de las urbes industriales norteamericanas. Ahora el líder del Poder Negro, Stokely Carmichael, ha declarado que los negros yanquis bregarán por fundar una república afroamericana cuyo destino será solidario de nuestra América. Con este criterio tan ancho de latinoamericanidad sería lógico incluir también a la secesionista minoría franco-canadiense de Quebec.

Estas especulaciones, tan audaces como interesantes, demuestran que nuestra América, al cabo de cinco siglos, no sólo encontró un nombre definitivo con su respectivo gentilicio, sino también comienza a sentirse propietaria de un peculiar destino. Y esto, lo sabemos, es clave para que una civilización pase de objeto a sujeto del proceso histórico. La masoquista autodenigración de los latinoamericanos concluye. Doscientos cincuenta millones de "hombres de maíz" comienzan a participar de la toma de conciencia del ser latinoamericano. El sesquicentenario descastamiento europeizante entra en menguante. Se produce el reencuentro con las fuentes primigenias. Pierde validez la opinión de Hegel en el sentido de que América no sería más que un eco del Viejo Mundo, con una vida que es reflejo de una vida ajena. Hoy, por el contrario, la jubilosa reconciliación de los latinoamericanos con sus raíces vernaculares engendra una creciente confianza en las propias posibilidades creadoras. América Latina está en trance de dar "el gran salto adelante" para convertirse, según lo quería Bolívar, en "la madre de las repúblicas, la más grande nación de la tierra". La tarea es tan noble que no se merece que demos un paso atrás, ni siquiera para tomar impulso.

ESQUELETOS DE HACE 40 MIL AÑOS APARECEN EN ISRAEL

En la cueva de Quafzeh se descubrieron dos esqueletos de hace más de cuarenta mil años. Ambos estaban tan embutidos en la roca que su conservación era perfecta, pero tuvieron que ser transportados con la roca misma para extraerlos. Se encontraron también huesos de animales e instrumentos de sílex. El hallazgo será aun examinado en París.

Posiblemente cuando en Europa vivía el tipo de Neandertal había ya en Palestina seres humanos más altamente desarrollados, afines al "homo sapiens".

Ambos esqueletos evidencian un asombroso parecido con el esqueleto del hombre moderno: el del adulto es alto

y muy robusto. Los investigadores se refieren en esta ocasión al descubrimiento hecho en 1962 en la Cueva de Amud, en Galilea. Se trata de un esqueleto igualmente masculino, de una estatura de aproximadamente un metro setenta y cuatro centímetros y con la apariencia de un hombre de Neandertal "moderno".

En el cercano Oriente —unido entonces a la Europa Central por un puente de tierra al estar secos los Dardanelos— la población debe haber sido mucho más diversa que la de hoy, donde el hombre de Neandertal se desarrolló en una especie de isla genética hasta hace unos treinta y cinco mil años.